

JOSÉ LUIS WIDOW

ORDEN POLÍTICO
CRISTIANO
Y MODERNIDAD

Una cuestión de principios

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO

2017

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO I. EL FIN DE LA VIDA HUMANA..	27
1. Introducción	27
2. Dios como primer principio del orden moral. Planteamiento del problema.....	37
3. <i>Summa Theologiae</i> , 1. ^a 2. ^{ac} , q. 109, a. 3	45
4. Algunas observaciones sobre la noción de fin y principio.....	53
5. El fin de la vida moral.....	57
6. Dios como fin último	63
7. Dios: primer principio de la moral	66
8. Conclusión.....	73
CAPÍTULO II. EL FIN DE LA VIDA POLÍTICA. EL BIEN COMÚN	77
1. Introducción. La noción de bien común.....	77
2. El bien humano como bien común	80
3. El bien común complejo de la vida humana	82
4. El bien humano como bien común político.....	86

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO III. LAS DOS DIMENSIONES DEL BIEN COMÚN	97
1. Introducción	97
2. Las dimensiones meta e intra políticas del bien común	99
3. Bien común natural y sobrenatural	103
4. Iglesia y sociedad política	105
5. La sobrenaturalización del bien común y de la sociedad política	112
CAPÍTULO IV. ¿ES POSIBLE LA NEUTRALIDAD ÉTICA Y RELIGIOSA DEL ESTADO? ...	117
1. Introducción	117
2. El problema de la neutralidad de la ley	122
3. La idea de neutralidad en Rawls y Hayek	128
4. Las premisas fundamentales para la afirmación de la neutralidad del Estado	132
5. ¿Es posible la neutralidad del Estado en relación con las doctrinas comprensivas?	136
6. ¿Es posible la neutralidad del Estado desde la perspectiva política?	143
7. Conclusión	147
ÍNDICE ONOMÁSTICO	151

INTRODUCCIÓN

La discusión respecto de si es posible compatibilizar la concepción política moderna y la cristiana ha sido larga. Son conocidos los numerosos intentos de acercamiento entre ambas visiones, que buscaron configurar un orden político cristiano y moderno a la vez. Aunque, en general, esos intentos han sido unidireccionales, pues lo que se ha tratado de hacer es modernizar el pensamiento político cristiano, configurado como tal mucho antes de la aparición de la modernidad. La dirección inversa no se ha recorrido por la simple razón de que es el cristianismo el que ha quedado fuera de sintonía con lo que SCHMITT llamaría las *Zentralgebiet*¹ de la modernidad, es decir, aquellas ideas-fuerza que prevalecen en la actualidad. En términos generales, creo que se puede aceptar más o menos pacíficamente que los resultados de dichos intentos no han traído los resultados esperados de

¹ Desarrolla este concepto en un artículo titulado «La era de las neutralizaciones y de las despolitizaciones» que ha sido incluido en todas las ediciones de *El concepto de lo político*. Hemos usado la edición de Alianza Editorial, Madrid, 1998, pp. 107-122.

tener un cristianismo moderno. Cada vez que el cristianismo ha intentado modernizarse, ha terminado siendo más moderno que cristiano. Pensemos, para dar pocos ejemplos, en cuatro casos. El primero es el del liberalismo católico decimonónico, con figuras como la del sacerdote Félicité DE LAMENNAIS, que termina fuera de la Iglesia, precisamente por la adopción de principios políticos liberales incompatibles con los del orden cristiano. El segundo es el del movimiento *Le Sillon* liderado por Marc SAGNIER, y que san Pío X condenó en su carta *Notre Charge Apostolique*. El tercer caso es muy importante históricamente por la influencia que tuvo en la configuración de los partidos demócratacristianos en diversas partes del mundo, que, aunque partieron su actividad queriendo representar visiones católicas en política, tuvieron por efecto la exclusión del pensamiento político católico de los ámbitos de acción y de influencia relevantes en las sociedades. Se trata del esfuerzo que en materia política realiza Jacques MARITAIN: en una medida importante, la nueva cristiandad maritainiana asume diversos principios modernos de organización política, que tan bien reflejados quedan en la unidad mínima de la ciudad pluralista que no requiere del cristianismo como aquello que le da su forma esencial². En los hechos, los movimientos y partidos políticos que se inspiraron en las ideas del francés, han termi-

² J. MARITAIN, *Humanisme Intégral*, en J. y R. MARITAIN, *Oeuvres Complètes*, vol. VI, Paris, Éditions Universitaires Fribourg Suisse-Éditions Saint-Paul, 1984, p. 485.

nado renunciando a la confesionalidad y no sólo alejándose de las posiciones cristianas relativas a los principios fundamentales del orden político, sino también en temas particulares, como son, por ejemplo, los que se refieren a la vida de los niños por nacer, el matrimonio y la familia, el orden económico, la índole del estado, la naturaleza de la ley, etc. Por ello, son muchos los demócrata-cristianos que, con la sincera voluntad de mantenerse fieles a la Iglesia y su doctrina política y social, aunque siempre con la ingenua esperanza de la conciliación entre modernidad y cristianismo, han debido terminar abandonando el partido. El cuarto caso, más reciente, es el de los llamados teólogos de la liberación, que comienza con la publicación de la obra del sacerdote Gustavo GUTIÉRREZ titulada *Teología de la liberación: perspectivas*. La teología de la liberación, más allá de los matices que se puedan hacer entre sus diversas versiones, es un intento de modernización radical del cristianismo, que termina por transformarlo en una promesa mesiánica inmanentista de marcado carácter marxista. Fue condenada en los documentos *Libertatis Nuntius* y *Libertatis Conscientiae* de la Congregación para la Doctrina de la Fe, durante el gobierno de JUAN PABLO II.

La tesis que está detrás de este libro es que no es posible compatibilizar los órdenes políticos cristiano y moderno. Es una tesis que no agrada a los cristianos modernos (al simplemente moderno suele tenerle sin cuidado, aunque por obvias razones mira con más simpatía al cristiano mo-

dernizado). Seguramente no serán pocas las personas que queriendo ser cristianos y modernos —ambos adjetivos están ahora tomados copulativamente— no están dispuestos a aceptar esta tesis. No es mi intención incomodar a nadie. Simplemente quiero exponer lo que entiendo a partir de la lectura tanto del pensamiento cristiano como del moderno. Me parece que la tesis que sostengo brota con bastante claridad cuando se leen algunos de los textos más relevantes de una y otra filosofía³. Es aun curioso que esa incompatibilidad no se vea a pesar de la abundante literatura que tiene el propósito expreso de mostrarla, tanto desde el lado del pensamiento católico como del moderno. Pareciera que aquellos cristianos que insisten en la conciliación pensarán que el reconocimiento de esa incompatibilidad traerá como inevitable consecuencia, entre otras cosas, su autoexclusión de la vida política por la inconveniencia de aceptar un juego cuyas reglas son contrarias a sus propios principios. Como hacer una cosa así sería monstruoso, terminan prefiriendo no aceptar la incompatibilidad. De más está decir que creo que la consecuencia práctica que sacan no me parece correcta. El reconocimiento de la incompatibilidad no implica asumir una suerte de autoexilio político⁴. Desde luego, la no aceptación de la formalidad

³ Evidentemente son muchísimos los textos. A lo largo de las páginas que siguen aparecerán sólo unos pocos de ellos.

⁴ No abordaremos en este libro el problema práctico que significa para el católico vivir en una sociedad que se ha constituido no sólo al margen, sino muchas veces contra lo que fue la tradición del pensamiento y de las realizaciones católicas. Es sin lugar a dudas una cues-

moderna de la política no implica necesariamente el rechazo de cada elemento contenido en el orden moderno. La modernidad contiene elementos que son propios de un orden político natural y aun cristiano, aunque, por supuesto, no *porque* sean modernos, sino porque es imposible borrar completamente el orden natural.

Véase este libro, entonces, no como un anti-pático intento de incomodar introduciendo pesimismo en quienes aún esperan el advenimiento de un orden político que componga armónicamente principios modernos y cristianos. Véase simplemente, ni más ni menos, la constatación sincera de un hecho. Vistos los principios políticos católicos no hay manera de que puedan coexistir en un mismo orden con los modernos. Son mutuamente excluyentes. Por supuesto, pueden ofrecerse argumentos contrarios a esta idea, pero, como

tión difícil. Respecto de este punto remitimos a un muy interesante artículo de J. A. ULLATE, «El problema de la *res publica christiana*», en *Verbo*, núm. 527-528, pp. 535-551. En él, el autor alude a ciertas actitudes erróneas que el católico ha tendido a asumir en el contexto de las formas políticas modernas, sea para oponerse sea para rendirse a ellas, pero que debieran evitarse; y, al mismo tiempo, señala en líneas generales, con qué disposición debiera enfrentar los problemas políticos, que no es otro que el que otorga la prudencia: «La realización de esa inclinación social sólo se puede satisfacer, aunque sea parcial, fragmentariamente, en la invención de la verdad práctica posible y en la ordenación íntima y externa al bien de la ciudad, o sea, en la vida virtuosa política, para lo cual es inevitable un aprendizaje personal despacioso y trabajoso. La filosofía social y, claro está, la prudencia política, son, pues “saberes de la salud política” desde el punto de vista de la causa final, pero tienen que ser también “saberes del tránsito posible desde el desorden social hasta la salud política”». (p. 549).